

VIOLENCIAS Y TENDENCIAS CIVILIZATORIAS

Sesión 11. Los escenarios de la guerra: lógicas de control y exterminio.

Seminario PPELA 2017-2: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

Temas:

¿Cuáles son las formas de la violencia en el marco de la guerra social en el México del Siglo XXI?

¿Cuáles son sus principales actores?

Pero es que el Dios de Dostoievski no sólo ha creado el cielo y la Tierra, o los hombres y los animales, sino también la vileza, y la venganza, y la crueldad. Y es que nunca consintió que el diablo se entrometiera en su trabajo. Porque vileza, crueldad y venganza son sin duda alguna originarias; tal vez no “magníficas”, más siempre nuevas, “como el primer día”; y bastante alejadas de aquellos clichés bajo cuyas figuras el pecado viene a presentarse al filisteo.

Walter Benjamin, *El surrealismo*

1. Tendencias civilizatorias

A contramano de la crítica moral de la violencia, que habla de su carácter anómalo y extraordinario, tendríamos que empezar a reconocer que la violencia en el mundo contemporáneo no es excepcional sino constitutiva de las formas de la vida social. Más aún, habría que aceptar que ha dejado de ser un medio, y que se ha convertido en un fin en sí mismo. Fin que define uno de los rasgos característicos de la tendencia civilizatoria del capitalismo hoy, aquella que encuentra en la barbarie la forma de socialidad ideal. El caso mexicano demuestra esto con cabalidad, la violencia se vuelve un proceso a través del cual se organiza la vida social, ya que sirve como lógica comunicativa y como procedimiento pedagógico.

Ante el fin del control político y económico de la contingencia histórica, la violencia ocupa su lugar, en beneficio de reducidos sectores de la población, aunque con un reparto más efectivo de espacios de poder que el de las promesas de los proyectos políticos o económicos del siglo pasado. Los resultados positivos del ejercicio de la violencia se verifican con mayor velocidad que los beneficios políticos o económicos. Los resultados del ejercicio de la violencia engloban a los dos anteriores, el control sobre los cuerpos y los

territorios viene acompañado del control sobre las capacidades políticas y el control sobre las condiciones de la valorización. La violencia organiza la contingencia social, multiplicando el caos, limitando las posibilidades de transformación, ya que asegura una reproducción sin límites del exterminio de los más cercanos, pero no contra el sistema (incluso aquellos que parece dirigirse contra el sistema, no hace sino ampliar su fronteras o reforzar sus dinámicas).

La expansión de la violencia es la expresión de la crisis como forma de gobierno. El capitalismo contemporáneo no tiene condiciones de remontar la crisis que dentro de su misma lógica se generó. La única opción es gobernarla, y para ello no son suficiente ni funcionales las viejas lógicas de control y consenso, necesita de una articulación más efectiva, más dinámica y flexible, que compacte los tiempos de la institucionalidad social. Las viejas estructuras estatales son muy lentas de consolidar, en cambio la nueva institucionalidad que se genera con la violencia como expresión de la gobernanza de la crisis, funciona más rápido y es más fácil de desmontar o reconfigurar que las burocráticas estructuras del viejo estado liberal.

2. Las formas de la violencia

Reducir el estudio de la violencia a los actos, contribuye a una confusión generalizada a través de la cual se homologa la violencia con la ira o la agresividad, ambas pasiones que concluyen en actos de fuerza, cuyo fin es la destrucción simbólica o real de personas u objetos. En cambio, la violencia es un proceso por medio del cual se intenta establecer una situación y su racionalidad usando una fuerza o un conjunto de fuerzas (física, cognitivas, afectivas). La violencia produce un entorno material y una semántica, que sirve para legitimar el acto y construir una racionalidad, por muy precaria que sea. Por tanto, no hay violencias irracionales, toda violencia tiene la fuerza para generar sus razones y sus procesos de entendimiento, morales o cognitivos, aunque éstos sean frágiles y limitados.

La violencia produce diferencias donde no existían, al tiempo que genera los mecanismos para controlarlas. Es proceso de cálculo, que intenta articular un conjunto de acciones programáticas que afectan los cuerpos y las percepciones, los objetos y las interpretaciones. En la violencia no se persigue la igualdad, sino la distinción normalizada y la ruptura del sentido mediante la fuerza. La violencia reordena, establece legalidades que antes no existían. Por ello es selectiva, opera de maneras específicas, nunca es homogénea y nunca se aplica al conjunto de una población. En tanto productora de diferencias, trabaja selectivamente.

La violencia actúa, pero no es ahí donde está su esencia. Está en el intento de imponer un ordenamiento (sus efectos en cuerpos, objetos y percepciones) y en la construcción de subjetividades. La violencia produce dos tipos de subjetividades móviles: los ejecutores y los que experimentan sus efectos. No hay, por tanto, violencias universales, ni una forma

genérica, sino formas de la violencia en las que se encadenan de manera particular actos, instrumentos, tiempos y espacios.

De ahí que toda la crítica de la violencia sea una crítica histórica, porque no es un acto universal, ni mucho menos una suerte de naturaleza social. Al mismo tiempo, toda crítica de la violencia es una crítica política, ya que siempre opera en el marco de proyectos políticos; es aquí donde se puede reconocer su especificidad, no en los actos en los que se realiza (que pueden ser prácticamente los mismos desde hace siglos). Su historicidad no está en la novedad o continuidad de ciertas prácticas, sino en la manera en la que éstas se articulan con proyectos políticos específicos, y cómo dentro de éstos se construyen sujetos susceptibles de ser violentados.

3. Los efectos de la violencia en México

México es un laboratorio social. En estas geografías se ensayan proyectos económicos y sociales en los que se ponen al límite las tendencias del capitalismo. En este abanico de proyectos hay una variedad de formas de la violencia que intentan articular las distintas expresiones de la economía: aquellas que se despliega bajo el amparo de las viejas instituciones liberales y sus marcos legales; y las que se despliegan construyendo nuevos órdenes institucionales, que trabajan con la fuerza de ley sin generar marcos normativos constituidos. La violencia cumple las funciones civilizatorias que hacen posible la pervivencia de distintas modalidades de acumulación, que a simple vista parecerían contrapuestas o peligrosas entre ellas; pero que en la vida diaria no sólo han podido sobrevivir juntas, sino que han generado procesos simbióticos de codeterminación.

La violencia cumple una función cualitativa y cuantitativa. En términos cualitativos está ahí para rediseñar territorios, para redefinir el sentido de la vida colectiva, para trabajar sobre las corporalidades que necesitan las distintas modalidades de acumulación; cumple las funciones civilizatorias que otrora cumplía la fábrica y el consumo serializado. Aquí hay una relación dialéctica, no es la violencia la que degrada las condiciones de existencia, también son las condiciones degradadas de existencia las que producen las condiciones para la reproducción de las formas de la violencia. Es decir, hay una amplia base social que hace posible la reproducción de la violencia, al tiempo que la violencia da condiciones para la reproducción de esa base social. La violencia, por tanto, no es exógena a las dinámicas cotidianas, no es resultado sólo de los grupos armados, estatales o paraestatales, nace al interior de las comunidades. La violencia, en tanto que proceso de ejercicio de poder, se disemina en el cuerpo social, no se conserva como una dinámica externa, encarna en los cuerpos y en las relaciones colectivas que sintetizan; la violencia se hace capilar y se inscribe en las más minúsculas de las relaciones colectivas. No sólo se reproduce en los espacios públicos o en las grandes alamedas, se despliega en las pequeñas instancias, en la microfísica de la vida cotidiana. Esto no significa que sea homogénea o unívoca,

Esto permite de una dialéctica central para el caso mexicano, aquella en la que se desarrolla el vínculo entre violencia, corrupción, complicidad e impunidad. La violencia genera las condiciones de impunidad gracias a las dinámicas de corrupción y complicidad en las que se realiza. Estas no serían posibles sin una amplia base social, que si bien no participa directamente del ejercicio de la violencia, está detrás, alimentando con sueños y deseos el mundo de la violencia y los beneficios inmediatos que genera.

Acá hay que pensar en la transformación de las fuentes del poder social, que en los últimos lustros se han modificado radicalmente. Los viejos procesos de poder social, que correspondían con un modelo civilizatorio y con una tendencia del capitalismo, y que encontraban en el trabajo asalariado, en la educación, el éxito profesional o la astucia sus modelos ideales, han llegado a su fin (p.e., en la sociedad actual no vale más una persona con un título universitario que una que no lo tiene). Estas fuentes del poder social permanecen como reminiscencias de paso perdido. En cambio, las fuentes del poder social que se producen por participar activamente en el ejercicio de las formas de la violencia son reconocibles de inmediato, no sólo por su obscena ostentación, también por la crueldad con la que trabajan, por el impacto inmediato de su poder.

Acá aparece un contexto de formas degradadas de la existencia, masculinidades degradadas, feminidades degradadas. La diferencia es cómo se resuelve esta degradación. La masculinidad degrada intenta resolverse por medio de una hipermasculinización del mundo, posicionando la fuerza y la crueldad como lógica central de la autoafirmación.

Otro factor que es importante considerar son las formas del autoritarismo social, que junto con el autoritarismo de las nuevas instituciones estatales cierra una pinza en la que la violencia juega un papel articulador. El autoritarismo estatal articula las violencias políticas de las instituciones de seguridad con las violencias económicas de las distintas formas de acumulación; este autoritarismo sirve para garantizar la concentración de ganancias en pocas manos, disciplina a la base social y a los sectores económicos que no se alinean a las nuevas formas de economía desdoblada. Por otro lado, el autoritarismo social actualiza viejas herencias de precarización de la vida: colonialismo, racismo, machismo, un odio a los jóvenes y viejos, etc.

El autoritarismo social se hace más radical ahí donde la vida está siendo reiteradamente precarizada, donde se interiorizan los sentidos comunes de la dominación, sin la posibilidad de exteriorizarlos, por tanto, los reproduce hacia las propias comunidades, haciéndose enemigos de sí mismos. Esto produce entornos hiperdegradados. No desaparecen los sueños y deseos del mundo del consumo obscuro, sólo que se realizan por medio de valores de uso monstruosos, degradados. Se radicaliza así la vulnerabilidad, generando sociedades desarmadas para pelear contra el avance del capital. En todo este proceso la crueldad juega un rol central, como proceso de interacción cotidiana, donde la precariedad y la mediocridad son las únicas certezas posibles.